

SRI Ramana Maharishi por Swami Sevananda 1942, Montevideo

Ramana Ashram -Escuela Internacional de Yoga Integral, Montevideo, Uruguay - Junio 1942

Sri Ramana Maharishi era, cuando joven, el estudiante de derecho hijo de noble familia de que nos habló Maya en su artículo precedente. Estudiante, no sentía amor a los estudios que hacía, y su hermano, también estudiante, le comentó cierta vez: "Si tu pensamiento está siempre dirigido a las cosas espirituales, ¿por qué insistes en estos estudios?"

La veracidad de tal observación despertó en la joven profunda reflexión, y la consecuencia fue que partiera, secretamente, de su casa, en aquella misma noche, dejando una carta dirigida a su familia, pidiendo que no perdiesen ni tiempo ni dinero en buscarle, porque se iba a buscar AQUELLO que su vocación espiritual le indicaba.

Sin recursos, con tres rupias rápidamente terminadas, se lanzó a la aventura, siguió el impulso que lo llevaba siempre adelante; caminó, anduvo leguas y leguas, días y meses, viendo, observando, buscando y no hallando satisfacción en ninguna de las enseñanzas, eternos comentarios que, de las más diversas fuentes, recogía en su peregrinación. Y de valle en valle, de montaña en montaña, de región en región, iba, sin que la Voz interna le diera descanso. Inflexiblemente, le dirigía hacia la Montaña Sagrada, la Montaña Roja, la Montaña de ARUNACHALA, célebre en las tradiciones de la India por su santidad, por haber sido, desde tiempos inmemoriales, habitada por Elevados Seres, Santos

Yoguis e Iniciados de las elevadas categorías.

Llegando al Templo de Arunachala sintió que allí encontraría lo que buscaba, y fue tal la intensidad de su sentir, tan sincera la fe de su alma que, antes de entrar al Templo, abandonó TODO, hasta la propia ropa, y desnudo el cuerpo y abierta el alma penetró en el Templo, dispuesto a no salir más de allí sin haber encontrado la Luz.

Los sacerdotes del Templo, pensando que las personas que iban allí en peregrinación no aceptasen la presencia de esta figura, siempre en meditación, completamente desnuda, tanto le pidieron, que obtuvieron que usara por lo menos un pequeño calzón, la única vestidura que hasta hoy usa, desde entonces.

Poco a poco, el joven pensador notaba que las visitas de los fieles y peregrinos no le permitían el silencio necesario, y se fue retirando a lugares menos frecuentados del Templo,

a los corredores y patios, en los cuales se le veía en meditaciones y éxtasis cada vez más frecuentes, cada vez más prolongados. Traviesos muchachos, como en todas partes los hay,

le tiraban piedras o le pegaban, sin que se moviera de su meditación; y, al salir de ella, los acariciaba y dulces palabras salían de sus labios.

Refugióse abajo del Templo, en la cueva de que nos habló Maya, donde los bichos y fieras venían a visitarlo y ya respetaban la elevada Presencia. Fue en esos tiempos en que los sacerdotes, quizás con naturalidad explotaban su presencia a beneficio del Templo.

Fuése para evitarles ese error, fuése por otras razones, el joven asceta se retiró a la Montaña misma, en una cueva muy oculta, en la cual había vivido, por años mucho más numerosos de lo que en general dura la vida humana, un Santo Yogui que, cuando pasó al otro lado de la vida, dejó sus despojos en la propia cueva donde le enterraran, comprendiendo que semejante cuerpo debía permanecer allí, por muchas y santas razones.

En esa cueva, vivió años el asceta Maharishi; salía de ella solamente para ir mendigando de vez en cuando algún alimento, hasta que eso mismo cesó, cuando una buena mujer de los alrededores tomó la costumbre de llevárselo periódicamente a la cueva.

Se veía con frecuencia al joven yogui en las montañas del sol, quedarse en meditación o éxtasis por horas seguidas, con los ojos fijos en el Sol. Tal hecho, significativo para los que "saben", hizo que elevados yoguis y sabios pandits empezasen a venir, de lejos, a consultarle, y algunos, habían obtenido de Él respuestas que resolvían problemas que años

de estudio no les habían aclarado, la fama del asceta se difundió en la región y más allá de ella.

La misión del MAESTRO empezaba. Tuvo que aceptar, poco a poco, cada vez mayor número de discípulos y visitantes, y, de la necesidad de abrigo, nació el Ashram, pues Maharishi nada quería para él mismo. Pero los discípulos comprendieron la necesidad de permitir a los que buscaban la presencia del Maestro, la posibilidad de quedar cerca de su morada. El Ashram de Arunachala fue la habitación de los estudiantes, en la cual pasó a residir también el Maestro, con todos los bienes que le hicieron, finalmente, aceptar: el calzón, la vasija para agua y el bastón de bambú; los únicos bienes que realmente tiene. La fama de Maharishi crecía, y ya se veía obligado a aceptar que lo llamasen el MAHARISHI o sea "GRANDE ALMA, GRANDE ESPÍRITU", nombre que siempre se ha reservado en la India para Aquellos que son realmente descendientes de los santos y sabios Rishis. Maharishi quedó solamente con el nombre con el cual le designan los discípulos más íntimos. Y su fama se difundió hasta llegar a los oídos de la madre de Maharishi, que pensó que el misterioso yogui podía ser su perdido hijo. Hizo el penoso viaje, llegó al Ashram y reconociendo al querido hijo, pidióle, por su amor de madre, que volviera al hogar, ahora que ya tenía el tesoro espiritual que tanto buscaba y por el cual todo abandonara.

Ocurrió entonces el magnífico hecho siguiente: con la dulzura firme del que sabe y siente, el Maharishi expuso a su madre lo que sentía como Camino y Misión, y la unión que había entre la Sagrada Montaña de Arunachala y su vida de Iniciado. Y aquella madre que, armada de todos los maravillosos argumentos de un corazón de madre, había venido a arrancar a la Montaña el hijo amado, hizo más y mejor; se quedó en el Ashram, no como madre de Maharishi, sino como discípula del Maharishi.

La LUZ DIVINA había sido más fuerte que el amor de madre.

Por muchos años, los discípulos vieron a esa santa mujer cuidar del Maestro, con ese doble cariño de madre y de discípula y, cuando se terminó el camino de su vida, la tumba en que ella descansó entonces en la Montaña, fue y está siempre adornada de las flores que

todos llevan para venerar la memoria de la Mujer que permitió la Encarnación del Maestro y que superó su amor de madre, en homenaje a la Luz.

En el Ashram, en la pieza principal, se ve, sobre un diván, un hermoso y robusto cuerpo, dominado por nobilísima cabeza. Así lo ven los que llegan, y el hecho el saludo usual, sencillo y armonioso, de las manos unidas por las palmas, las separan, significando ese abrir de brazos: "Mi alma está con la tuya". Y se sientan en la postura usual, de piernas cruzadas bajo el cuerpo. Todos miran al Maestro. Los ojos del Maharishi fijan un punto; nadie sabe lo que mira, pero el éxtasis da a su mirada y a su aura tal potencia, que todos se

sienten MEJORADOS, todos saben que allí, en ese momento, Él los ayuda a subir en estado de meditación, a realizar la solución del problema que siempre plantea a sus discípulos: "¿Quién eres tú?"

Y ese "¿Quién soy Yo?" que cada discípulo tiene que vivir, hace retroceder al Ser en sus repliegues más internos, buscar lo que ES y lo que parece ser solamente.

La búsqueda prosigue, días y días, semanas, meses y años para algunos, quizás, hasta que venga el momento en que, como dice el Maharishi:

"La rueda del pensamiento se para. Entra la Luz". Magnífico complemento de la frase de Patanjali: "Yoga es impedir que Chitta tome diversas formas: Vrittis".

Pero la etapa que el Maharishi nos enseña a buscar no es más eso: la de fijar con facilidad el pensamiento sobre el objeto. Es más alta y difícil: es la de llegar al Pensar que no piensa, al Percibir que no siente; a esa explosión de Luz que inunda internamente todo el

Yo...

Nos dijo MAYA, en artículo anterior, que ha miles de personas había curado el Maharishi con solo mirarlas. Algunos conocen también hechos notables, como el de aquella

mujer que habiendo perdido en dos o tres días a todos sus familiares por la peste, estaba tan

llena de dolor que ni sueño más conocía ni energía de vivir conservaba. La llevaron a la presencia del Maestro. Ella habló, contó, comentó, dejó estallar todo su dolor, preguntó

por

soluciones, por consuelo... El Maestro, por un tiempo, nada dijo. Después, suavemente, insinuó: "Lloraré tu dolor contigo". Y ese Ser, al que nada puede herir ni hacer sufrir más, porque ya está liberado de las humanas preocupaciones, "lloró con la infeliz" por algunos momentos... y el milagro se hizo. La paz penetró progresivamente en el corazón herido y la

paz se apoderó de la desdichada mujer... y el Ashram tuvo una discípula más de la Serenidad y del Activo Silencio.

En otra ocasión, os contaré algo más del Venerable Maestro. Por hoy, recordaré solamente que entre mediodía y la una y media de la tarde, son las horas en que, con seguridad (para nuestros relojes) el Maharishi está en éxtasis en el Ashram, en el Silencio Vivo, los discípulos meditan y sienten, los aromas se elevan de los perfumes que queman en finas varillas... El AURA DEL MAHARISHI se une a TODOS aquellos que, cerca o lejos de Él buscan la Luz con Su ayuda. Buscadla, si queréis, con Amor y Deseo de Luz, Amor y Veneración hacia el Maestro.